

*Conferencia de Ricardo del Arco en Jaca.*

En el teatro de Jaca y en el curso monográfico sobre los Reyes Católicos, organizado por la Universidad de Zaragoza en los Cursos de Verano para extranjeros en su Residencia de aquella ciudad, disertó el día 19 de agosto el académico y publicista D. Ricardo del Arco sobre *Fernando el Católico y los aragoneses*.

Comenzó el orador exponiendo que la leyenda negra antiespañola no ha terminado: cuanto a su principio, es creencia general que lo tuvo en el reinado de Felipe II, pero es anterior, consecuencia de la política mediterránea de los reyes de la Corona de Aragón, Pedro III, Alfonso V y Fernando el Católico contra los franceses, a lo que contribuyó, en nuestro monarca, su preponderancia política y diplomática en aquella que Gracián llamó era de reyes; la expulsión de los judíos, el establecimiento del Tribunal del Santo Oficio, la campaña de Navarra que tanto molestó a los franceses, y la desdicha de la reina Catalina, hija de los Reyes Católicos, en el trono de Inglaterra.

Juan II de Aragón quiso que su hijo naciese en esta tierra, y después que el nieto que viniese, si era varón, fuese traído a Aragón. También más tarde el Rey Católico quiso que su nieto Carlos se educase junto a él. Los aragoneses acogimos mejor a un rey castellano, Fernando I, que los castellanos a un rey consorte aragonés, nuestro Fernando. Aquella heredad castellana la formó él; muerta Doña Isabel, los castellanos odiaron a Fernando, y éste, a pesar de su afición a las cosas de Castilla —lo que le reprochaban los aragoneses—, quedó desengañado.

Señala al poeta alcañicense Juan Sobrarias como primer panegirista aragonés del Rey Católico. El cronista Jerónimo Zurita, cuyo padre había sido médico de Don Fernando, vivió los días amplios de la leyenda negra centrada en Fernando, en Carlos por su pretensa monarquía universal, y en Felipe. Inglaterra se adhiere a Francia y Alemania. Toca a Zurita vindicar, estudiándolo, al Rey Católico, último de Aragón y primero de España, en la última parte de sus *Anales*. De ahí cierto tono de polémica, apasionado, de esta monografía, que contrasta con la fría serenidad objetiva de lo anterior. Felipe II estimó en mucho este trabajo de Zurita sobre Fernando, de quien dijo: «A éste lo debemos todo».

Zurita es el punto de partida de los estudios sobre el Rey Católico. Otro aragonés egregio, Baltasar Gracián, ensalza al monarca en *El Político*, a grandes rasgos, en plena enemiga europea a España, y en

este tratado enlaza la política fernandina con la de sus antecesores aragoneses en el Mediterráneo, frente a Francia. El paralelo de Gracián en Castilla en este orden fué Saavedra Fajardo, cuya *Idea de un príncipe político-cristiano* tuvo mayor repercusión en el extranjero. Otro aragonés, el abad pinatense Briz Martínez, al comenzar el siglo xvii refutó al Padre Márquez, que atribuyó la gloria de todas las empresas del reinado a Doña Isabel, silenciando a Don Fernando. En nuestros días, el P. Mir, Ibarra, Jiménez Soler y otros aragoneses han escrito páginas vindicatorias de nuestro rey.

No le faltaron a Fernando sinsabores con sus paisanos. El conferenciante cita las Cortes de Zaragoza de 1498 y las de Calatayud de 1515 donde, respectivamente, dilataron la jura de la princesa Doña Isabel y regatearon auxilios económicos al rey; cómo se opusieron los aragoneses a la designación de virrey extranjero en Juan de Cardona, y cómo el Fuero siempre estuvo encima de la realeza. En respuesta les impuso la Inquisición y la Santa Hermandad, no bien vistas aquí por pugnar con las libertades políticas.

Pero el rey fió siempre en la lealtad y el afecto de sus paisanos, y aragoneses fueron sus mejores consejeros y colaboradores, de quienes escuchó el consejo, pero no se dejó gobernar. Sus secretarios aragoneses fueron gente culta, humanistas, como lo revelan las cartas de Lucio Marineo Sículo a su discípulo el secretario Urríes, al tesorero Gabriel Sánchez, para quien compuso un epitafio latino elegante, a Almazán, a Calcena, etc. El vicescanciller Antonio Agustín fué doctor en ambos Derechos; Alonso de la Cavallería, jurista eminente; el secretario Pérez de Almazán fué un gran latinista, y sus hijos fueron educados por el bilbilitano Lastra, discípulo de Sículo. Trató personalmente el matrimonio de Doña Juana con Felipe el Hermoso, y aquélla le premió largamente.

Estudia también, a grandes rasgos, otros amigos y colaboradores aragoneses, como Juan de Coloma, quien llevaba el peso de los negocios; Lope de Conchillos, el experto en los asuntos de Indias, en quien se cebaron la envidia y la calumnia, pero Doña Juana le nombró su secretario vitalicio. Y la simpática figura del camarero Juan Cabrero.

En su testamento, Don Fernando recordó a sus servidores aragoneses, y exhortó a su nieto a que gobernase con ellos y mantuviese en los cargos de gobierno a los naturales de Aragón, que le servirían con la misma lealtad que a él.

Los aragoneses sintieron en extremo la muerte de su rey. El orador

aduce palabras de Gracián, de elogio conjunto de Fernando e Isabel, en cordura y sensatez por lo general no correspondidas. Trabajemos los aragoneses porque nuestro monarca insigne sea cabalmente conocido, no «componiendo» simplemente historia, sino estudiándola a la luz de los documentos, teniendo por norma las frases elogiosas de Doña Isabel para su marido como hombre de Estado, en su testamento. Amigos de Fernando, pero más amigos de la Verdad.—E. A.

